

# OPINIÓN

<http://www.eloccidental.com.mx>

EL OCCIDENTAL

Miércoles

20 de marzo de 2013

Tel: 36 13 06 90 Ext. 180

HUMBERTO GARCÍA DE LA MORA

## Jesuita y latinoamericano

Con este encabezado los medios de comunicación reunidos en la Plaza de San Pedro, en El Vaticano, dieron a conocer al mundo al sucesor de Benedicto XVI. El cardenal argentino Jorge Mario Bergoglio –quien hasta la semana pasada fungía como arzobispo de Buenos Aires y Primado de Argentina– fue el elegido por el Colegio Cardenalicio: el primer Papa no europeo en mil años y el primer jesuita en ocupar el cargo de Sumo Pontífice de la Iglesia católica romana.

Hay quienes auguran que el papa Francisco –quien fue ordenado sacerdote en la Compañía de Jesús– encabezará notables reformas al interior de la Iglesia católica. La humildad y la “cercanía con los pobres” son poses demagógicas que forman parte de la estrategia vaticana para fortalecer la imagen del Papa Bergoglio, con el objetivo de desviar la atención ante la grave crisis que vive la Iglesia católica a nivel mundial. Ni las trivialidades ni las ocurrencias cambiarán de fondo el curso de una institución eclesial que no sólo se encuentra colapsada por los escándalos de corrupción, sino atada a un cuerpo doctrinal inamovible, cuya fuente es el Catecismo de la Iglesia Católica (basado en la tradición, los dogmas, los concilios y las encíclicas papales), y regida por el Código de Derecho Canónico. La pretendida imagen de un Papa “progresista” –por su condición jesuita– forma parte de la estrategia de quienes estarán detrás de él en este papado de transición. La censura a las minorías religiosas, la condena al aborto, a la píldora anticonceptiva, a las bodas entre personas del mismo sexo, entre otros temas, acompañarán inevitablemente al nuevo Pontífice. La postura conservadora de Bergoglio, como Primado de Argentina, da cuenta de lo anterior.

De acuerdo con algunos especialistas en temas religiosos, el papa Francisco será un papado de transición: Jorge Bergoglio sólo tie-

ne dos años menos que los que tenía Joseph Ratzinger cuando fue proclamado papa. El contexto del pasado cónclave se verificó ante el descrédito internacional de la curia romana –salpicada por los escándalos financieros de la banca vaticana (IOR), el encubrimiento de la pederastia clerical (incluido el caso Marcial Maciel), y las indemnizaciones millonarias que algunas diócesis católicas estadounidenses han erogado en favor de víctimas de abuso sexual–. Ante tal escenario, el Colegio Cardenalicio declinó elegir a un purpurado italiano (o miembro de la burocracia vaticana). La imagen de la corrupción imperante que se vive al interior de la llamada Santa Sede, recién documentada por el periodista italiano Gianluigi Nuzzi en su libro “Las cartas secretas de Benedicto XVI”, explica el cálculo maquiavélico del Colegio Cardenalicio.

Por otro lado, el periodista y escritor argentino Horacio Verbitsky relaciona a Jorge Bergoglio como cómplice de la dictadura militar que gobernó Argentina entre 1976 y 1982 (responsable del genocidio perpetrado contra el pueblo argentino), cuando el ahora Sumo Pontífice era Provincial de la Compañía de Jesús en la nación sudamericana. En su libro “El silencio” (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2005), el autor documenta la complicidad de la Iglesia católica argentina con los arrestos de disidentes al régimen; las desapariciones durante la última dictadura militar; el pacto celebrado entre sacerdotes y militares; el silencio de la Iglesia católica respecto a sus acciones durante los gobiernos militares; el doble juego del entonces cardenal primado Jorge Bergoglio y la entrega de sus sacerdotes al régimen militar. El papel que jugó Bergoglio durante la dictadura argentina, época en la que fue el Provincial de los Jesuitas en Argentina, es el lado oscuro del nuevo Pontífice.

Emilio F. Mignone, un “testigo activo y sufriente” que sufrió en carne propia la represión de la dictadura militar argentina (el secues-

tro y desaparición de su hija Mónica), relata en un libro testimonial cómo el Episcopado Argentino –quien mantuvo una estrecha relación con el dictador Jorge Videla y repartió bendiciones a granel a la jerarquía castrense– delataba a clérigos opositores al régimen: “... algunas ocasiones la luz verde fue dada por los mismos obispos. El 23 de mayo de 1976 la infantería de la Marina detuvo en el barrio del Bajo Flores al presbítero Orlando Iorio (sic) y lo mantuvo durante cinco meses en calidad de desaparecido. Una semana antes de la detención, el arzobispo Aramburu le había retirado las licencias ministeriales sin motivo ni explicación. Por las distintas expresiones escuchadas por Iorio en su cautividad, resulta claro que la Armada interpretó tal decisión y posiblemente como algunas manifestaciones criticadas desde su provincial jesuita Jorge Bergoglio, como una autorización para proceder contra él. Sin duda los militares habían advertido a ambos acerca de su supuesta peligrosidad” (Emilio F. Mignone, “Iglesia y dictadura”, EPN, Buenos Aires, 1986, p. 174).

Por último, al designar el Colegio Cardenalicio a Bergoglio como el nuevo pontífice, la curia romana rediseña una estrategia para América Latina: contrarrestar el avance de las confesiones religiosas no católicas (15 mil católicos abandonan diariamente esta Iglesia en América Latina); una cruzada en contra de las democracias, particularmente las de signo ideológico de izquierda; y el embate sistemático, en México y otros países, en contra del Estado laico, recogiendo las pretensiones de impartir educación religiosa en escuelas públicas, posesión de medios electrónicos y la instalación de capellanías militares. En suma, el papado de Francisco será una continuidad burda del proyecto vaticano (no podía ser de otra manera): imponer su fe y visión del mundo a creyentes y no creyentes, lo cual ha hecho un daño tremendo a las democracias y al régimen de libertades de los ciudadanos libres. En otras palabras, la forma, en este caso, no es fondo...